

GABRIEL MARCEL, *Filosofía para un tiempo de crisis*, Ediciones Guadarrama, Colección Punto Omega, Madrid, 1971, 250 pp.

Este libro, que Gabriel Marcel califica como la imagen de toda su obra, es una colección de breves ensayos y conferencias "que se refieren, ante todo y centralmente, a la situación del hombre actual, víctima de una mutación que seguramente arranca de su origen, pero que al mismo tiempo le expone a una inmensa desorientación".

Los eternos problemas del hombre: el ser, la verdad, la libertad, el bien y el mal, son tratados con un enfoque existencial, es decir, a partir de sucesos históricos o de situaciones de la vida cotidiana.

Para el filósofo francés la filosofía no tiene sentido si no tiene una resonancia en la vida concreta, por lo tanto, el filósofo auténtico es un hombre responsable ante una situación determinada del tiempo que le toca vivir. Su misión consistirá en *diagnosticar* esta situación, *tomar conciencia* de su significado y determinar aquellas "*potencias secretas*" del hombre capaces de hallar una salida a los problemas. En estas "potencias secretas" funda Marcel la "esperanza", virtud propia del hombre itinerante que, por un lado, tiene conciencia de su finitud, pero, por otro, lleva en sí una profunda aspiración al infinito.

Como filósofo comprometido, Gabriel Marcel desea, a través de las lecciones y conferencias que constituyen esta obra, trazar un panorama de la situación actual del mundo —que él califica de radical inseguridad— y analizar las posibilidades de superación.

Particularmente interesante resulta el ensayo titulado "El hombre ante su futuro", donde se muestra sumamente pesimista con respecto al aspecto benéfico que los progresos de la técnica y especialmente las hazañas astronáuticas, tengan para el auténtico desarrollo humano.

No obstante sus conclusiones alarmantes acerca del futuro de la humanidad, Gabriel Marcel está lejos de caer en un derrotismo negativista. "Por muy temibles que sean estas perspectivas —dice— debemos mirar el derrotismo como una trampa de la que hay que apartarse, es decir, no tenemos derecho a instalarnos en la certidumbre de lo peor, sino que hemos de negarla como tal certidumbre".

El libro resultará, sin duda, interesante, no sólo para los que se dedican a estudios filosóficos, sino para todos aquéllos preocupados por la actual situación del hombre y su incierto porvenir.

CARMEN VALDERREY

JOSEPH MOREAU, *Aristóteles y su escuela*, trad. de Marino Ayerra, Eudeba, Buenos Aires, 1972, 310 pp.

La vida de los genios es inagotable y merece siempre el esfuerzo de volver sobre ella, sea en procura de una profundidad comprensiva con la consiguiente cosecha de sabiduría, sea en beneficio de las nuevas generaciones que deben ser introducidas en riquezas tales a fin de no perder esos esfuerzos ni la continuidad histórica que providencialmente se nos ofrece de este modo. Así lo entiende Moreau, y en pos de toda una pléyade de eruditos enamorados de la verdad, de la cual destacamos ahora por similitud de temática e interés nombres cuales los de Brentano, Ross, Allan, Robin, Taylor..., se decide a emprender una vez más la exposición de las líneas fundamentales de la filosofía aristoté-

lica, en una obra donde "los aristotelistas no encontrarán una nueva contribución a los progresos de sus investigaciones; hasta deplorarán tal vez que sus más recientes descubrimientos no hayan sido aprovechados en él" (Prólogo), pero ciertamente donde todo neófito (y tal vez muchos que no debieran ya serlo) hallarán tanto que aprender cuanto de qué asombrarse.

Previa una "Introducción" biográfica, divide Moreau el resto de su obra en seis partes: I. *En el surco del platonismo* (Los Diálogos de Aristóteles. La crítica de las Ideas platónicas); II. *El saber* (La ciencia y la opinión. La dialéctica y el silogismo. La demostración y los principios. La definición y la clasificación); III. *El ser y el mundo* (La Metafísica. El ser y las categorías. Los principios del cambio. Materia y sustancia. El devenir y la forma. La naturaleza y el arte. La finalidad y el azar. La cosmología finalista. El mundo y Dios. El ser y la esencia); IV. *El alma* (El alma y el cuerpo. La sensación. El intelecto: sus funciones. El intelecto: su naturaleza. La acción); V. *La vida humana* (El problema moral. La virtud. La felicidad. La vida social. El problema político. La economía. Retórica y poética); VI. *La escuela de Aristóteles* (La herencia aristotélica. La tradición peripatética. La difusión del aristotelismo); *Conclusión* (Aristóteles a través de los siglos). Acabando la obra con una útil bibliografía (ediciones, traducciones, tratados acerca de los temas fundamentales) y un índice alfabético de autores y materias.

Pasa así revista Moreau, en un análisis cuidadoso y suficiente sin llegar a desviar al lector por excesiva especialización, a todo el "corpus aristotelicum", apoyando siempre sus análisis y conclusiones en los textos mismos del Estagirita, aun sin evitar la transcripción directa del griego, puesto que como bien dice (p. 11) un cabal conocimiento del pensamiento de Aristóteles pide algún conocimiento fundamental de la terminología griega. Sin embargo, para quien no esté dispuesto a hacer tal esfuerzo se citan precisamente los lugares como para poder ubicarlos en alguna buena traducción.

De la simple enumeración del contenido ya se puede sacar una clara impresión de lo completo que resulta el tratamiento; si agregamos ahora nuestra opinión acerca de la amenidad de un texto del cual acaba por dejarse llevar el lector, la recomendación de su lectura se hace inmediata. Sin embargo y por la importancia misma que ha de adquirir esta traducción, no queremos dejar pasar por alto una objeción que estimamos fundamental en el plan de Moreau: de aquel mismo elenco temático citado se hace inmediatamente notable que para Moreau es Aristóteles fundamentalmente un metafísico (cfr. especialmente el contenido de la Tercera Parte), y precisamente es ésa la impresión que suele tener el novato y a la que abonará la obra. Siendo así que la verdad es bastante distinta, como se hace claro a quien ha frecuentado la obra aristotélica, pues opinamos que Aristóteles debe ser caracterizado como un filósofo de la naturaleza que en gracia a un desarrollo intensivo de tales líneas de pensamiento se vio obligado —casi a su pesar, diríamos— a ser metafísico: la *Metafísica* es más bien una culminación y consecuencia de la *Física* (considerando aquí todos sus tratados) que el *leit-motiv* del "corpus aristotelicum".

Todo lo cual no obsta al elogio y renuevo de recomendación de la obra. La traducción es tersa y algunas erratas, muy pocas, no afectan sensiblemente el texto o son fácilmente corregibles por el lector (en pág. 139, línea 26, debe leerse "inmaterial" por "material"; y en la misma pág., nota 45, línea 3, debe suprimirse el "no"), con excepción probablemente de algunas fallas del texto griego.